

BUENA TARDE Y MEJOR DIA.



PEQUEÑECES..... DEL PERIODO ELECTORAL.

(AMI QUERIDO AMIGO D. ANTONIO ARZÁC)

I.

Era una tarde de Abril, fresca como lechuga, de cielo mitad azul y mitad gris; una de esas tardes en que canta el cuco en la espesura, anunciando que se viene á más andar, cargado de perfumes y de alegría, el Mayo florido. De un rincon del mundo, que llaman Aramayona, salíamos para Vergara tres amigos en coche arrastrado por dos alazanes y un tordo tan nobles como animosos, y más ligeros que el vendabal. Trotaban los brutos á todo trotar, y charlabamos nosotros por los codos en el interior del vehículo, bien metidos en nuestros capotes, porque corria un fresquete por aquella angostura, que no habia más que pedir. A la orilla del camino se deslizaba un rio, murmurando entre espumas su cantar eterno y lamentoso. En esto, llamó nuestra atencion un mediano grupo que interceptaba el paso, mirando algo al parecer: no sabiamos qué. Pronto salimos de dudas, saltando precipitadamente de nuestro vehículo. Era un mal coche del país, una especie de calesin del tiempo de Maricastaña, con más barro que un Febrero, descolorido por fuera, y forrado en su interior de tela encarnada con flores blancas. Entre sus dos varas yacia en el suelo con todos los síntomas de una próxima agonía, un pobre jamelgo cuyos

huesos se podían contar sin que se perdiera uno solo en la cuenta: harto el triste de disgustos, mas no de cebada. El único viajero que rodaba en aquel *sleeping* mondragonesco era una infeliz casera de las de pañuelo blanco en la cabeza; la cual viéndose detenida por el accidente, lloraba á mares, mientras que el cochero, maldiciendo su negra suerte, dábase á todo el infierno. El caballo entretanto sudaba y trasudaba, abría desmesuradamente los ojos, respiraba con fuerza, y presentaba tan lastimoso aspecto, que creímos todos iban á dar fin de un momento á otro sus melancolías y desabrimientos; pero mejor lo hizo Dios, como suele decirse: porque hé ahí que en aquel momento uno de los de mi pandilla, mozo bragado y de índole un tanto zagalesca, arrancó de manos del cochero el látigo con que hostigaba á la bestia, y empuñándolo con ambas manos, descargó sobre ella media docena de palos tales (acompañados de enérgicas interjecciones no admitidas por la Academia de Lengua), que se levantó el cuadrúpedo como si nada hubiera pasado, dejando atónitos á los mirones, que tuvieron á mi amigo por milagroso. Pavoneábase éste y dábase tono como autor de la hazaña, teniendo pasmados y silenciosos á todos, hasta que á uno se le ocurrió decir:

—Este hombre debe de ser santo, porque resucita muertos.

Y á estas palabras siguió tal explosion de risa que crimos reventar. De entre los circunstantes, el que más celebró lo ocurrido fué un cura de anteiglesia, uno de estos buenos clérigos montaraces que bajo corteza de foragido esconden tal vez un alma limpia y blanca como las alas de un ángel. Enjuto, vivaracho, de morena y rugosa tez, ojos centelleantes y nariz en punta, fumaba envuelto en un manteo que fué negro en sus verdes años, más fino que tela de cebolla. Traía en la cabeza un gorro aterciopelado, grasiento y de indefinido color, con una borlita que le bailaba acariciándole pronto la oreja como la atrevida nariz. El buen señor llevó mucho que contar á su aldea. Yo creí que se moría de risa. Los demás siguieron tambien su paseo, celebrando la resurreccion del muerto; volvió este á sus malditas varas; la mujer viajera, consolada ya, ocupó de nuevo su asiento forrado de rojo; cesó el cochero de maldecir, y nosotros nos encerramos otra vez en nuestro cajon encristalado, llegando sin novedad y sin hambre (siempre ganan los estómagos con las salidas de casa) á la linajuda villa de las llaves cruzadas, de San Martin y del Cristo famoso, aunque agonizante, inmortal.

II.

El día que siguió á esta tarde memorable visitamos las alturas de Aranzazu, donde silba el viento de las montañas bascas, y el eco juega repitiendo un día y otro día las glorias de la Madre de Dios. Muy de mañanita, cuatro amigos nos dejábamos arrastrar por el mismo rápido tren de la vispera; que se tragaba kilómetros como agua. No podía estar más risueño el día. En el oriente un sol de oro que alegraba montes y praderas; en la atmósfera vivísima luz unida á la temperatura más suave; alegre azul en el limpio cielo. Los arroyos saltaban murmurando hasta precipitarse en el río, que descendía á su líquida inmensa sepultura; gorjeaban canciones de amor mil varios pajarillos; las flores de los campos regalaban á la brisa de la mañana sus olores...

Al czar de todas las Rusias le hubiera dado envidia el humor que llevábamos en nuestro coche, cantando por lo alto, por lo bajo y por lo ancho. Particularmente el del *milagro* de la vispera, que tambien era de la partida, nos acarició los oídos con habanerita lánguida y graciosa de su repertorio: porque el chico es músico y canta como una calandria. Con aquellos trotones y el aire fresco de la mañana, no tardamos en desempedrar las calles solitarias de Oñate, empezando la penosa subida ayudados de dos poderosos, aunque tardos y pacíficos bueyes. El *Udalaitz*, medio bizcaino, se alza allá lejos como un sorbete que los soles de Julio no pueden derretir. Aquí y allá, diseminados, flotaban sobre undoso mar de verdura los blancos caseríos guipuzcoanos medio escondidos entre árboles; y el campo presentaba el animado aspecto que suele ciertas épocas del año, cuando largas filas de hombres y mujeres layan la dura pero generosa tierra.

Llegamos insensiblemente al sitio en que suelen los peregrinos rezar una salve á María. Allí, al descubrirse el peñasco y soberbio anfiteatro elegido por la Reina de los Angeles para presentarse á un pastor de pocos años, siente el cristiano que una fuerza oculta hace latir su corazón con más dulces pero más precipitados latidos. Reza-mos devotamente el rosario. Oíamos balidos de ovejas que huían al vernos, y estrépito de torrentes que se precipitan en abundancia por aquellas soledades. Las águilas altaneras rondaban las escarpadas cimas de los montes, burlándose del hombre, gusanillo vil que se arrastra por la tierra, mientras que aquella hiende como el rayo las nubes, posándose, para descansar, en picos inaccesibles vecinos del cielo.

Ansiábamos llegar al santuario, y por fin vimos su torre, que, como el pensamiento del justo se levantaba derecha hácia el cielo azul. Imponente silencio reina en aquel lugar de santidad. El paisaje, triste y severo, no presenta á la vista más que peñas descarnadas y escuetas. Mugía con furor en lo profundo del barranco un espumoso riachuelo de aguas turbias. Solo la Virgen sonríe en su trono, brindando generosa al peregrino con los inagotables tesoros de su misericordia.

El guardian del convento, que vestía el burdo sayal del franciscano, nos salió á recibir con tanta amabilidad, que fué preciso comer dentro de la casa. Un lego nos sirvió sin levantar los ojos del suelo las sustanciosas alubias de los frailes, que, por cierto, estaban exquisitas: tanto que hubo quien las saltéó por tres veces, quedándose con ganas. A los postres entraron á hacernos compañía dos Padres más, y saboreamos el negro café en medio de animada conversacion salpicada de chistes y cuentos. Levantados los manteles, bajamos á visitar á la milagrosa imagen tan tiernamente amada del pueblo basco, y ante ella permanecimos arrodillados unos minutos mientras en el coro profundas voces de bajo rezaban vísperas. Era un cielo aquella estancia, y sin embargo la dejamos muy pronto, porque se nos hacia tarde, y nuestros valientes caballos relinchaban de impaciencia. Abrazando á los Padres, nos arrancamos de aquella soledad con mucha pena en el alma; y al ver á la iglesia y convento perderse á lo lejos, se entrebrieron de nuevo nuestros labios para murmurar ferviente oracion de despedida á la Virgen Madre de Dios y Madre nuestra:

Agur Donzella

Graziakoa,

Grazi beraren

Jargoya.

Los alazanes no corrian, volaban, como el conejo de la fábula, Mil veces creí que nos derrumbábamos por el barranco; pero María Santísima no lo permitió para que otra vez la fuéramos á ver en su Aranzazu

Aquella noche oí en sueños los mugidos del turbio riachuelo, y el rezo cavernoso de los austeros hijos de San Francisco.

VICENTE DE MONZON Y LARDIZABAL.

